EL IDEAL.

Revista literaria y de variedades, dedicada al Bello Sexo y al Pueblo.

Director: ARNULFO SAN-GERMAN.

Redactor responsable: José Castro Iturbide.

Registrado como artículo de 2ª clase en el 16 de Febrero de 1904.

COLABORADORES:

LICS. MANUEL BRIOSO Y CANDIANI, PEDRO CAMACHO Y SRES. JOSE JOAQUIN VARELA Y JULIO LIZET.

ADMINISTRADOR: ENRIQUE MUÑUZURI.

Tomo. I—Núm. 35.

Septiembre 15 de 1904

OAXACA.

UNA CATASTROFE EN 1810.

I.

EL 16 DE SEPTIEMBRE.

En la primavera de 1810, al Viejo Mundo lo oprimía un gigante: la fama y la gloria aumentaban el prestigio de ese gigante por quien hasta hoy el entusiasmo se aviva. Una parte de la Europa, la patria de Pelayo, había lanzado á la arena contra sus legiones, sus guerreros, sus nobles, sus poetas, y hasta sus sacerdotes para que defendiesen sus hogares y sus vírgenes: la lucha era tenaz y terrible para contrarrestar el poder del héroe del siglo que ambicionaba el imperio del mundo: lucha sostenida con la obstinación que inspiraba el orgullo británico, aliado, oficioso y temible, contra el nombre francés y el gran emperador. Tiempo há, que á la América se le prescribían los medios para evitar el contagio europeo. Había llegado á Nueva España, como el trueno lejano de la tempestad, el eco de las mágicas voces de *Libertad* é *Independencia*, que los peninsulares pronunciaban como el náufrago que grita, *salvación*, y hace esfuerzos para llegar á tierra en medio de las olas que lo arrebatan. El sonido de otra palabra se dejaba oír de vez en cuando; palabra dulce, pero no pronunciada con serenidad, y era la de *hermano*. A esta espresión, en lo aparente tierna, seguía la mayor anomalía, enardeciendo el alma menos sensible. Sin embargo, Nueva España, pura é inocente, respiraba un sueño, al parecer apacible, como es el que produce el letargo del despotismo.

Creíase que el otoño sería hermoso: la aurora del 15 de Septiembre de 1810, fué tranquila desde Chiapas y Yucatán hasta Californias y Tejas. ¡Qué serenidad, qué regocijo se presentaba en el semblante de los españoles que veían la fidelidad de los vasallos de este *su reino!*.....

Un sólo punto, un miserable pueblecillo de la intendencia de Guanajuato iba á desmentir tanta fidelidad. Hace tiempo que el cura de este pueblecillo está agitado: las noches las pasa en continua vigilia, meditando un proyecto audaz y de inmensas consecuencias. El fuego de su alma y la magnitud de su empresa formaban contraste con su dulce fisonomía, con su carácter sacerdotal, y con lo débil de su contextura física. Ahora más que nunca el sobresalto no lo deja tomar el sueño: las imágenes son más vivas en su alma, y la inquietud lo devora. De repente salta del lecho en que descansaba; un toquido fuerte en el zaguán lo ha puesto en pié, y á pocos instantes se presenta un hombre en estado violento y le dice:

—Señor, perdidos somos: todo se ha descubierto en Querétaro; lea usted esta carta que acabo de recibir: ella expresa, que en artículo de muerte, un eclesiástico compañero nuestro ha confesado todo nuestro plan, y el corregidor de aquella ciudad ningún pormenor ignora de él.

—Ya lo presentía, exclama el cura de Dolores: ánimo, mi buen amigo, y tengamos confianza en el Supremo Autor de lo creado Nuestros sentimientos son puros y nobles, ellos germinarán, y mañana á esta hora muchos corazones latirán como los nuestros. No hay que perder tiempo, el cielo nos guiará.

Abasolo, que era el que había llegado, responde:

—Señor, sabe usted hasta donde llega mi adhesión á su persona, y cuál es el juramento con que estoy ligado en esta empresa: favorable ó adversa la sellaré con mi sangre. Usted ordene cuanto tenga á bien, que lo secundaré en todo.

—¡Ah! amigo, hombres como usted se necesitan para zanjar los cimientos de la emancipación de la América, volemos á obtenerla ya que se nos ha precipitado: esta precipitación es una fatalidad, fatalidad que gravitará sobre muchas generaciones.

Ambos se dirigen á despertar á los criados del curato, y pronunciando palabras entrecortadas, articulando otras incoherentes, les anuncian que se levanten: á éstos, que son en número de tres, les dan unas enmohecidas picas y lanzas y una mala escopeta: y estas picas y esta escopeta miserables habían de derrocar el dominio castellano, consolidado por trescientos años

en México; viéndose relucir después de ellas, las espadas vencedoras, de Morelos, Matamoros é Iturbide.

Vióse, pues, en la plaza de Dolores un pequeño grupo, á veces silencioso, á veces conmovido, como el anuncio de la tempestad. Se abren las puertas de una casa, y salen dos hombres que se dirigen al grupo; éste con los recién llegados, son siete. Dá el reloj la una de la mañana del 16 de Setiembre de 1810, y se oyó un grito que dijo: *Mexicanos, Independencia ó Muerte.* Al pensamiento de un eclesiástico, á la voz de siete hombres, respondió la de siete millones de mexicanos.

La aurora de ese día, fué como ninguna otra resplandeciente para el Anáhuac; aurora de esperanzas entónces, y hoy de tierno y grato recuerdo: ella alumbró ya libres á los hijos del pueblo de Dolores, que esclavos habían visto ponerse el sol en Occidente. Despertaron para saludar á su libertador, que la víspera no era más que su humilde párroco.

II.

EL AMOR FILIAL Y EL PATRIOTISMO.

El sol había recorrido un tercio de su carrera, cuando la plaza y las calles presentaban un espectáculo jamás visto: todos hablaban con desembarazo, todos presentaban un semblante risueño en medio de los trasportes de una alegría enteramente nueva: la atmósfera misma parecía más pura, como si la naturaleza por su parte quisiera celebrar ese acontecimiento. Los circunstantes; conferenciaban unos, otros protestaban; todos estaban afanados por la reunión de hombres y de armas: los vecinos todos tenían un mismo deseo, un mismo ardor: el patriotismo los animaba, y la uniformidad de su pensamiento hacía que cada uno obrase con una actividad sorprendente. Diversos correos parten y llegan: la noticia del suceso se propaga como la electricidad: indígenas candorosos é inocentes vuelan á postrarse á los piés de su pastor y á hacerle ofertas hasta de su vida. En la plaza hacían oleadas las diversas reuniones: el concurso era numeroso, y repentinamente se vé la imágen de Nuestra Señora de Guadalupe colocada en un estandarte, y *se la proclama por la patrona de la América.* A los vivas de esta Imágen y de Hidalgo, y á algunos mueras de los europeos, los grupos de rancheros y de indios se aumentan: aquellos con su aspecto rústico ó indómito, vestidos con sus cueros, calzones y botas de campana, adornadas en algunos con varias piezas de plata, llenas de deformidad, y con sus sendos sombreros, estaban mal armados: los indígenas con sus hondas y garrotes, llevaban una estampa de aquella imágen en sus sombreros. Todos expresaban el júbilo de que estaban poseídos, é introducían una confusión con sus estrepitosas voces, que no permitía escuchar la voz de los que se habían improvisado por sus jefes, ni aún del mismo Hidalgo. En fin, después de algún trabajo por parte de éste y de algunos caudillos, logró hacerse entender.

Estaba en la plaza dando algunas órdenes, cuando se le presenta un jóven de las principales familias, de figura interesante y en cuya fisonomía se traslucían á la vez el entusiasmo y el dolor.

—Señor, le dice á Hidalgo; vengo á seguir á usted en su noble empresa: usted proclama la salvación de esta parte de la América y la ventura de los hijos de ella: yo nada valgo, pero me anima un noble patriotismo, y no vacilo en unirme al libertador de mi patria, y combatiré por ella hasta morir.

—Os veo exaltado, le replica Hidalgo, pero dudo que hableis con exactitud. Son bien grandes los riesgos que ván á correrse; acaso bien pronto os habréis arrepentido: reflexionad, y entónces admitiré vuestros servicios.

—Señor, dijo uno de los que se hallaban presentes: este jóven es hijo de un español de los que se hallan presos; deberíais desechar sus ofertas que son demasiado sospechosas.

—¡Os engañais,—exclama interrumpiéndole una hermosa jóven, tan fresca como la rosa que se ha abierto á los primeros rayos del sol y que aún el rocío brilla en sus hojas, y dirigiéndose á Hidalgo, añade:—Señor, jamás ha habido un hombre más franco y sincero que Angel: yo conozco sus sentimientos más íntimos y sus hechos siempre han estado acordes con sus palabras.

Verdad es que á su padre se le acaba de reducir á prisión, y este pesar no puede ocultarlo, porque es un deber sagrado de la naturaleza; pero no por eso es menos noble y generoso con su patria. Disimulad que hable á su nombre, pues le amo como á mi hermano, y yo no he podido resistir, á pesar de mi edad y condición, al deseo de seguirlo y acompañarlo en el dolor que le atormenta, en medio de esta confusión que reina.

Cuando terminó de hablar la jóven, el rubor coloreó sus mejillas, y llena de confusión por lo que acababa de hacer, bajó la vista como reprendiéndose á sí misma su temeridad; pero los padecimientos de Angel por la prisión de su padre, y los sentimientos patrióticos de aquél, la habían alarmado en aquellos momentos extraordinarios, hasta el extremo de sobreponerse á toda consideración; no sin abandonar el secreto que tanto la embellecía.

—No os engaña esta jóven, señor, repuso Angel: os juro por mi honor que mi anciano y virtuoso padre ama tanto á los mexicanos que jamás, y ésto lo sabeis; les ha insultado: su casa siempre ha estado abierta para todos los desgraciados. La educación que le ha dado á sus hijos, y que está á vuestro alcance, es una prueba de sus ideas. Él, siempre ha sido un modelo de virtud. Señor, dadle la libertad, que es tan mexicano de corazón, como vos lo sois por nacimiento. Yo me ofrezco por garantía suya: sabed que por mis opiniones políticas hace un año que fuí despedido del Colegio de Minería. No desconfíeis de mí: ¡Dadme la libertad de mi padre, y disponed de mí en lo absoluto!

A este tiempo se acerca Abasolo, lo abraza é impuesto brevemente de lo ocurrido, habla en su favor á Hidalgo, quien dice á Angel:

—Esperadme.

Hidalgo, Abasolo, é Isabel su sobrina, que era la jóven que había intercedido por Angel, entraron á una casa que estaba inmediata. A poco llamaron á Angel de órden de Hidalgo, quien le dijo:

—Tomad: y le dió dos papeles: ahí teneis la órden de libertad de vuestro padre y un nombramiento militar para vos. Cumplid con lo que habéis ofrecido y marchad, siendo uno de los primeros.

—Señor, exclamó Angel: creedme, nunca olvidaré lo que me habéis concedido y pronto conocereis cual es mi gratitud. Era tal la expresión y la actitud de Angel cuando habló, que Hidalgo le tuvo cierta simpatía desde aquel momento. Abasolo y su sobrina se sintieron conmovidos y quisieron acompañar á Angel á la prisión en donde estaba el padre de éste. Las puertas de ella se abrieron para ponerlo en libertad. Corta fué la escena que pasó, pero llena de fuertes impresiones. El amor filial, ese amor angelical que dilata los corazones y que los eleva hasta el trono del Eterno, se apoderó de Angel, que se sentía inundado de gozo al estrechar en su seno á su tierno y adorado padre. En el camino, y cuando regresaron á su casa, supo el anciano todo lo ocurrido y después que se ins-

truyó, y que otra vez se abrazaron ambos, el padre con el llanto en sus ojos, le dijo:

—Hijo mio, hoy te amo con mayor ternura y doy gracias al Señor por haberme concedido un hijo tan virtuoso: sé fiel á tu patria y á tu general como has sido amoroso y obediente á tu infeliz padre, que pronto desaparecerá de este mundo: no olvides mis consejos, y en cualquier situación, dirige tus miradas hácia ese Dios tan grande. Recibe mi bendición, hijo querido, que acaso será la última, y parte donde te llama tu deber, que yo haré fervientes votos al cielo por tí.

Abasolo le interrumpió diciéndole:

—Amigo mío, os falta otra bendición: sabed que vuestro hijo y mi sobrina Isabel hace tiempo se aman: llenad sus deseos para que la Iglesia santifique su unión.

El anciano, apenas ha oído estas palabras, y que su hijo pretendía hablar, acaso para satisfacerlo, cuando sin articular palabra, alza sus ojos al cielo, como para implorarlo, y en seguida bendice á ambos amantes: después los abraza y estrecha en sus brazos, humedeciéndose nuevamente sus ojos.

Pasados estos momentos tan tiernos, el hijo se despidió del padre, siendo su adios muy significativo.

III.

LA BATALLA.

Preciso era que Angel marchase á San Miguel ese mismo día, con una comisión de Hidalgo; esta precipitación le impidió enlazarse con su Isabel. Esta al verlo partir se consternó demasiado; pero ambos amantes se consolaban con la esperanza de verse pronto.

Angel iba tranquilo sabiendo que Isabel quedaba en casa de su tío, y que le correspondía con gran pasión.

***

Muy corta fué la diferencia de la marcha de Angel con la del ejército, porque ya lo era, la pequeña reunión que se había formado el 16. Un ruido terrible anunciaba la de éste; aquella informe reunión que se parecía al dirigirse á San Miguel y á Celaya, á una colosal serpiente, é infundía un gran terror. Su murmullo, á lo lejos, se semejaba al del huracán, y así podría calificarse aquella turba de hombres que no era fácil contener. En los campos de Celaya, Hidalgo fué proclamado generalísimo, y á Angel, por su buen comportamiento, se le colocó en el regimiento provisional de esa ciudad. El ejército se encaminó á Guanajuato; se dió el ataque á ese punto, y Angel fué de los primeros. Ya *Pípila* había incendiado la puerta de la Alhóndiga; pero la defensa era tenaz, y las balas y los frascos que los enemigos lanzaban á sus contrarios derribaban á muchos de éstos. Angel hacía prodigios de valor y se llenaba al mismo tiempo de sobresalto por los desórdenes de aquellas masas, desbandadas como un torrente. Puesto á la cabeza de sus soldados, penetró al interior del fuerte, y en medio de aquella confusión cayó herido. No obstante, recomendaba la clemencia para con los prisioneros y los que se rendían. En estas circunstancias perdió el sentido y fué trasportado á una casa. El generalísimo, testigo de su heróico valor, le concedió las charreteras de capitán; pero lo grave de las heridas y falta de cuidado le produjeron una fiebre que se manifestaba con fatales síntomas. Isabel supo la desgracia de su amante: y llena de dolor y casi frenética voló á su socorro: merced á sus exquisitas atenciones, logró que recobrara algo su salud, y cuando Angel volvió en sí, se vió en los brazos de su querida Isabel, que le prodigaba mil atenciones llenas de ternura y expresión; más la calentura le volvió á Angel y nuevamente perdió el conocimiento; su existencia corría bastante peligro, y se creía que el latido que daba su corazón era el último.

IV.

EL HIMENEO.

Un día, serían las cuatro de la mañana, Isabel estaba orando con piedad angelical al pié del lecho de su amante: la fatiga, las continuas vigilias y los esfuerzos que había hecho para arrancarlo de los brazos de la muerte, la habían extenuado. El dolor también había marchitado sus rosadas mejillas; los suspiros que exhalaba y que procuraba reprimir en vano, las lágrimas que como perlas brillantes se desprendían de sus párpados, revelaban lo que la vírgen sufría. Parecía al ángel que asiste al hombre en sus últimos momentos, cuando vá á decir ¡Adiós! al mundo y á sus pompas, y que vigila la hora suprema de la vida. Isabel había quedado en una profunda meditación, cuando su amante, recobrando su conocimiento, exclamó con débil y tierna voz:

—¡Isabel, Isabel mía, ¿en dónde estás?

—A tu lado bien mío, cuidando tu preciosa existencia.

—¡Ah! Isabel, qué dichoso soy viéndote junto á mí: ¿Y mi adorado padre, qué es de él? ¿no lo has visto?

—Está bueno, y pronto se hallará con nosotros.

—Isabel, conozco que poseyéndote soy feliz; pero aspiro á otra felicidad mayor y que no gozaré aquí abajo. Ves el estado en que me encuentro; me siento muy débil; mis heridas muy poca esperanza dán de alivio, y acaso esta es la última vez que escuche el canto de las aves en el alba.... El conjunto de mis padecimientos, no ha podido extinguir mi amor hácia tí.

—Pues bien, dí que quieres.

—Déjame concluir: cuánto más fuerte ha sido la fiebre, más ardiente he sentido mi amor: en mi imaginación te has presentado, te he visto unas veces en mi delirio, como cuando te conocí, hermosa como la flor antes que destrozara sus tallos la tormenta; y otras, como estás ahora, triste y meláncolica como el lirio, al que los rayos del sol han robado sus colores. Ya no me es posible carecer por más tiempo del dulce nombre de esposo que deseo oir pronunciar de tus lábios: quiero que nuestro matrimonio se celebre hoy, y llamándote mi esposa, aunque expire. ¡Isabel, tengo funestos presentimientos, y en nombre de nuestro amor te pide tu desventurado amante esta última súplica.

Isabel, tenía anudada la garganta de dolor, y con voz enternecida le dijo:

—¿Qué puedo decirte yo, bien mío? Mi tío y mi virtuoso padre han convenido en nuestra unión: una vez consagrada á tí, no debo sino complacerte.

—¿Y tu tío, por qué no está aquí?

—Hace algunos días que ha marchado con el ejército.

—¿Conqué el ejército ya no está en esta ciudad?

El esfuerzo que había hecho Angel para hablar, lo había debilitado demasiado: dió un profundo suspiro y quedó como aletargado. La infortunada Isabel volvió á mayores penas; sólo su amor y su virtud pudieron darle nuevas fuerzas para resistir tanta desdicha. Había tenido un destello de felicidad, y éste fué cuando lo vió recobrar sus sentidos y decirle, que la tenía presente, y que deseaba ser su esposo con vehemencia.

Durante la enfermedad, se había presentado un jóven bien apersonado, que decía ser amigo de Angel, y por quien manifestaba grande empeño. En el curso de ella, fué adquiriendo alguna confianza, hasta el extremo de tomarse ciertas libertades, cuya explicación no

comprendía Isabel. El jóven no pudo disimular más sus pretensiones; y un día, cuando nadie estaba en la pieza cuidando á Angel más que Isabel, declaró á ésta, con el mayor atrevimiento, sus pérfidas miras. Ante semejante audacia, Isabel llena de sobresalto y de sorpresa, pero con gran resolución, le dijo con voz firme:

—Señor, os creía un amigo de Angel y un caballero: veo por vuestras acciones, que ni lo uno ni lo otro sois. No profaneis más este lugar y evitadme el disgusto de vuestra presencia; si no os váis, y no queréis excusar un escándalo, iré á avisar á las personas de la casa, que sois indigno de ser admitido aquí! Cuando Isabel terminó estas palabras, señaló con un ademán imperioso la puerta al jóven. Éste, que no creía hallar tanta resolución y tanta virtud en Isabel, se encendió en ira, y viéndose burlado en sus innobles propósitos, tomó su sombrero, y la dijo con expresión feroz y siniestra:

—Os acordaréis para siempre de vuestra conducta descortés para conmigo; os juro que me vengaré y no os tendré compasión.

Cuando el jóven se retiró, fué á asegurar la puerta, y se quedó abismada en una série de reflexiones, llenándose de sobresalto á cada instante.

Al día siguiente Angel manifestaba algún alivio; ésto, el temor de que el jóven audaz cometiese una tropelía, y el cumplir con los deseos de Angel, decidieron á Isabel para violentar la unión de ambos. A las ocho de la noche recibieron del sacerdote la bendición que los ligaba para siempre. Al pronunciar el juramento sagrado, Angel pareció que había recobrado el vigor que en otro tiempo le caracterizaba; sus ojos brillaron llenos de fuego, y dirigiéndolos á Isabel, esclamó:

—Esposa mía.....y el dolor le cortó la voz.

—Angel, tuya soy por siempre, y nadie nos separará.

—Isabel, ¿quién cuidará de ti si yo te falto? Tu tío, quién sabe qué será de él, pues la guerra diezma á los combatientes....y mi padre, mi pobre padre.... no es posible que sobreviva. Todo esto me atormenta.

—Hay uno que cuidará de mí.

—¿Quién?

—¡Dios!

—¡Ah!.... si Dios mío!.... tengo fé en que mi Isabel!.... su virtud!.... ah!.... y sus ojos se humedecieron.

—No hablemos de ésto.... tú vivirás y seremos muy felices! repuso Isabel con acento conmovido.

Angel, solo respondió con un suspiro.

V.

EL PATIBULO.

El ejército mexicano y sus caudillos, se habían retirado para Valladolid, y Guanajuato había quedado con una corta fuerza.

En estas circunstancias, á los dos días después del matrimonio de Angel é Isabel se anunció la llegada del Jefe realista Calleja, con sus tropas; la ciudad se alarmó, y las familias empezaron á emigrar, temerosas de nuevos desastres y de las venganzas que pronosticaban los realistas. Isabel, al ver los temores de la población y la salida de las familias, previó los riesgos que corría su esposo, que aunque algo aliviado, no podía caminar, y ni le era fácil, cuando casi todos los lugares inmediatos se hallaban invadidos de realistas.

Al otro dia llegaron éstos; se hallaban ambos esposos en la más tierna conversación, cuando llegó una persona refiriendo todas las tropelías y crueldades que los soldados cometían. Angel escuchaba con calma aparente la narración de aquellas infamias; pero al oír algunas explosiones de fusiles quiso levantarse, tomar su espada é ir á combatir contra los opresores de su patria.

—Dejadme, Isabel, dejadme salvar á tanto inocente.

—¿Pero á dónde vás en el estado en que te hallas?

—Me siento con fuerzas bastantes para vender cara mi vida.

Isabel y otras personas que la rodeaban, lo conjuraron á permanecer tranquilo, persuadiéndolo de la imposibilidad en que se hallaba; y por los ruegos lograron que se calmase. A cada hora en los siguientes días, se sabían las horribles ejecuciones con que el malvado Calleja, había pretendido vengar en unos habitantes inocentes las matanzas de Granaditas. En vano el R. P. Belaunzarán recorría con Crucifijo en mano las plazas y calles de Guanajuato para contener aquellas escenas de sangre. Su carácter evangélico, su aspecto de clemencia y de piedad que imploraba para los desgraciados; en vez de calmar á los verdugos les enfurecía más. Habiendo sabido todo esto Isabel, procuró poner á cubierto á su idolatrado esposo, á quien ocultó cuanto pasaba. Se decidió, pues, por temor de las denuncias, bajar á Angel á un pequeño subterráneo de la casa que habitaban: hacía seis horas que ocupaban aquel lugar insalubre, cuando á la una de la tarde tocaron á la puerta de la casa fuertemente, amenazando echarla abajo si no abrían pronto. Apenas habían abierto, cuando se presentó á la cabeza de varios soldados el jóven que había dicho ser amigo de Angel, y que había pretendido seducir á Isabel, y con odioso aspecto dijo:

—¿Dónde está ese rebelde y su cómplice?

—Señor, ya no habitan aquí, ha días que se han ido.

—Mientes; yo sé donde están: venid, soldados, y llegando á la puerta del subterráneo les mandó abrirla, y bajó el primero á donde se hallaban Angel é Isabel. Al verlo ésta y acompañado de aquellos hombres armados, comprendió desde luego su angustiosa y comprometida situación. Nunca su corazón había sentido lo que en aquellos momentos, y dando un grito quedó desmayada junto á su esposo. Este al verse sorprendido quiso hacer resistencia; ¿pero qué había de hacer en el lamentable estado en que se hallaba y sin sus armas? En el acto fueron amarrados los dos esposos y conducidos á presencia de Calleja, cometiendo en el camino con ellos las mayores violencias: los de la casa huyeron, y no hubo quien pudiera auxiliar en algo á aquellos desgraciados. Tan luego como Calleja los vió, se sorprendió á la vista de Isabel.

—¿Quién es esta mujer? dijo Calleja.

—Mi esposa, respondió con entereza Angel, que se hallaba recostado junto al zaguán de la casa.

—Mentira, señor, respondió el jóven y supuesto amigo de Angel, yo lo sé muy bien.

—Pérfido, esclamó Isabel con el orgullo de su virginidad herida: hace ocho días que un sacerdote nos ha unido.

—Que prendan á ese sacerdote que se atrevió á casar á dos rebeldes, gritó Calleja.

—Tirano, tu imperio ha de acabar, exclamó Angel dirigiéndose á Calleja.

—Malvado, cállate, le dijeron varios soldados amenazándolo.

—Que se disponga este insurgente, y que se le ahorque, dijo Calleja.

—En el campo y en otro estado nos habíamos de ver y Angel les lanzó una mirada de león.

—Pícaro rebelde, ahora recibirás el premio de tus maldades.

—Que se le fusile luego, dijeron varios oficiales. A tí nó, chica, le dijeron á Isabel.

(Sigue en la sexta plana.)

EL AGUILA DEL ANAHUAC.

Pro Deo et Patria, morit vita est
Morir por Dios y la Patria es la vida.

El águila de Anáhuac á su duelo,
Adunando su enojo, pide al cielo
Muerte mejor, que sin honor la vida.
De un Ministro de Dios, mano atrevida
Abre la jaula y tiende libre el vuelo
Y mira el león con impotente anhelo
A donde vá su presa envilecida;
Lleno de rabia, la inocente tierra
Arañan sin piedad sus garras fieras
Dando rugidos con furor que aterra.
El águila le dice: ¡Has lo que quieras,
Tú, nunca dejarás la áspera sierra
Mientras del mar, yo salto las barreras!

Patricio Oliveros.

(Viene de la cuarta plana.)

—Ambos debemos morir, replicó ésta con la mayor serenidad.

—Que los separen, dijo Calleja.

—¡Nunca! respondieron Angel é Isabel.

El falso amigo de Angel, que con efecto había sido su condiscípulo de colegio, procuró tomar de un brazo á Isabel y le dijo al oído:

—Si accedes á lo que te dije el otro día, te salvaré; pero á ese hombre nó, porque lo aborrezco de muerte.

—Quitaos de mi lado y de mi presencia, sois un mónstruo.

—Llevadla adentro de ese cuarto, repitió Calleja.

Mas Isabel hizo grande resistencia, y poniéndose de rodillas le dijo á Calleja:

—Señor, si han de darle muerte á mi esposo, os suplico por úuico favor, que ambos muramos juntos; pero por piedad no me separeis de su lado. Ved, señor, que estas escenas le han hecho perder el sentido, y acaso ya habrá dejado de existir. ¡Ah, señor, no me separeis de él!

Con efecto, lo que presenciaba Angel le había causado un paroxismo, y por interseción de un oficial, amigo del padre de Angel, la dejaron con él y los pusieron en un cuarto, en el que la infeliz procuraba darle algún pequeño auxilio.

***

A las cuatro de la tarde ya había vuelto en sí Angel, y ambos esposos se habían dispuesto religiosamente para morir, porque la órden había sido terminante, y Calleja estaba muy irritado.

Un cuarto de hora después, ambos habían sido conducidos al cadalso, levantado frente á la habitación de Calleja: solo se esperaba para la ejecución que los que hacían de verdugos concluyesen con otros ajusticiados. Guanajuato estaba lóbrego y reinaba un espanto sepulcral; las voces de las víctimas, los gritos de aquella soldadesca obscena é infernal, aumentaban el pavor; el ángel del esterminio recorría aquellos lugares é inspiraba á las almas de aquellos tigres que no se saciaban con tanta sangre.

Los dos esposos se hallaban allí aislados y desamparados en medio de su infortunio sin que nadie les concediese el menor consuelo; más uno al otro se animaban y confiaban en la Providencia.

—Allí, dijo Angel á Isabel, señalándole el cielo; nos vamos á unir para siempre.

***

—¡Ah Angel, tu padre.... mi tío, cuando sepan nuestra desgracia! Nosotros vamos á ser felices; pero ellos.... ¡Oh Dios mío!

En este instante se presentó á Calleja el padre de de Angel, que había temido por su hijo, de quien ignoraba la pronta ejecución, y confiando en la antigua amistad que había tenido con él en San Luis Potosí. Calleja se hallaba rodeado de una multitud; sin embargo de ella, por ser español el padre de Angel pudo llegar hasta donde estaba aquél, y le dijo:

—Amigo, concededme la vida de mi hijo y de su esposa, ó si no aquí está la mía. ¿No me conoceis? Salvadlos, y cuanto valgo y poseo esta á disposición del rey y de vos.

—¿Cómo os atreveis á mentar al rey S. M., vos el padre de un rebelde, de un insurgente, de un herege? Quitaos de mi presencia antes que vayais á acompañarlos.

—Decidme al menos en donde están.

—Vedlos; y con feroz alegría señaló el patíbulo para donde el verdugo se dirigía.

¡Ah Dios mío! exclamó el padre, adolorido y abrumado de pesar, y se encaminó hácia donde se hallaban: apenas iba á acercarse donde estaban, cuando á una señal de Calleja se consumó la ejecución. ¡El verdugo enseñó la cabeza de ambos esposos, y el infeliz padre, al ver aquel espectáculo, cayó sin vida!

Coscotitlán, Agosto 6 de 1846.—*D. R.*

(Reproducción de la Revista Científica y Literaria.)

ANTE EL MONUMENTO DE HIDALGO.

¡Contemplad al redentor!
Fulgente sol de la Historia
Que entre explosiones de gloria,
Con impulso de condor,
Sube en alas del valor
Y deja en el infinito,
Con rasgos de fuego escrito,
De libres el santo nombre
Que dió á su patria y al hombre
En las palabras de un grito!

Grito que al tirano aterra
Y al levantarse sublime,
Celeste página imprime
En el libro de esta tierra.
Grito sonoro, que encierra
En simbolismo elocuente,
Un laurel para esa frente,
Una gloria que fascina,
Una España que declina
Y un México independiente!

¡Libertad al mexicano!
Un sol en lo obscuro brota
Y una cadena cae rota
A las plantas de ese anciano.
El Anáhuac soberano
Alza su labor al viento

GLORIA INMARCESIBLE AL INMORTAL CAUDILLO

——DE NUESTRA INDEPENDENCIA,——

D. Miguel Hidalgo y Costilla.

1810. 1904.

Que allá en el peñón sangriento,
Do el huracán le estremece,
Nube tricolor parece
Temblando en el firmamento.

El ibero enardecido
Se adelanta ya á la lucha,
Y ya siniestro se escucha
El mortífero estampido....
Más, inmutable y erguido,
Sobre su gloria subiendo;
Desprecia al titán tremendo
El semi-Dios de este suelo:
¿Qué importa al águila en vuelo
Un león abajo rugiendo?

El héroe está en la batalla
Y con espartana calma,
Opone el fuego de su alma
A la candente metralla.
En la tormenta que estalla,
Sobre su tropa pequeña,
La fuerza enorme domeña
Y se alza siempre triunfante:
¡Rompe el pequeño diamante
A la granítica peña!

La monárquica nación,
Temblando ante la grandeza,
Acoje, en loca fiereza,
El crímen por salvación
Sólo la negra traición,
—Oculto puñal sangriento—
Puede apagar el aliento
De ese segundo Teseo:
¡Hércules no vence á Anteo
Sino en los campos del viento.

Un nuevo Judas vendió
A ese Cristo mexicano,
Que en las manos del hispano
Su augusta vida dejó....
¿Por qué el cadalso encontró
Ese redentor del hombre?
Creyó el ibero un renombre
Extinguir asesinando,
Y asesinó.... eternizando
De Hidalgo el sagrado nombre!

Asesinó en su demencia
Olvidando en su pavura,
Que arrancar la sangre aun pura
No es arrancar la existencia...
El gérmen de Independencia,
Ya libre, tendió su vuelo,
Y brilló sobre este suelo,
Sin forma ya de español,
Cual brilla más puro el sol
Si no hay nubes en el cielo!

Brilló fulgente y glorioso
Ya libre de la materia ..
Brilló al dejar la miseria
Más puro y explendoroso....
Su espíritu de coloso
A la lucha santa vino;
Y como el astro divino
Que á los reyes magos guió,
Así su alma nos mostró
De libertad el camino.

¡No ha muerto, nó, ese gigante!
Mírale patria querida:
En cada alma tiene vida,
En cada alma está triunfante....
En tí se alza centellante;
Y si nación insolente
Quisiera romper demente
El mexicano derecho,
Le oirás gritar en tu pecho:
¡Viva el pueblo independiente!

Rafael Carranza Gracida.

El próximo Domingo 18, la Compañía Cómico-Trágico-Dramática, "María Eloísa Osorio," se despedirá de este público, poniendo en escena con todo el aparato que requiere su interesante argumento, la antigua y renombrada mágia de gran aparato:

LA PATA DE CABRA.

Compromisos contraídos con un Empresario de la Capital de la República, impiden á esta Compañía prolongar más su permanencia en esta Ciudad, pero agradecida á la benévola acogida que la Sociedad oaxaqueña le ha dispensado, quiere cerrar con broche de oro su temporada.

¡Todo el mundo al Teatro el Domingo por la noche!

A HIDALGO.

Como brotan los lirios y mosquetas
Formando lazos de benditas flores,
Hay entre ellos claveles y violetas:
Son los cantos que ofrecen los poetas
Para el altar del Héroe de Dolores!

Hay en ellos raudales de armonía
Que subyuga, y fascina, y avasalla. ....
Yo te diera también una poesía;
Pero ¡ay! no brota de la lira mía
Un canto digno de tu inmensa talla!

Pequeña soy para cantar tu gloria,
Para ensalzar tu nombre sacrosanto;

Que si al mirar el libro de tu historia
Surgen himnos de amor á tu memoria
Y al alma llega indefinible encanto;

Si el pecho siente y con ardor palpita,
Y de entusiasmo el corazón estalla,
Es que algo dentro el alma, que se agita;
Una voz misteriosa que nos grita
Y entonces, torpe, nuestro labio calla.

Más, ¿qué importa á tu gloria soberana
Que así el labio se exprese con torpeza
Si toda una nación de orgullo ufana
Repite con ardor: "soy mexicana,
Y me encumbro al calor de tu grandeza?"

¿Qué importa si tu sólio está formado
Sobre la base del Progreso ingente
Que impulsa tanto el sabio y el letrado,
Como el artista y el obrero honrado
Del pueblo á quien hiciste independiente?

Y el pedestal que á lo infinito alcanza
Y que surgió de *Libertad* al grito
Y en el que inmenso tu pendón descansa,
Formado está de hossanas que te lanza
El pueblo tuyo con amor bendito.

Y tienes por alfombra peregrina
La inmensa comba en la celeste esfera,
Y llevas por corona diamantina
Que derrama su luz clara y divina
La libertad de tu nación entera!

Y la niñez agradecida canta
Y con amor te ofrece un albo lirio,
Un altar en su pecho te levanta
Y venera tu sombra sacrosanta
Porque llevas la palma del martirio.

Y ya brotan los lirios y mosquetas
Formando lazos de benditas flores,
Hay entre ellos claveles y violetas:
Son los cantos que ofrecen los poetas
Para tu altar, ¡gran Héroe de Dolores!

¡Quién pudiera llegar hasta tu altura,
Y sosteniendo erguida la cabeza
Contemplar frente á frente tu figura
Que magestuosa en el zenit fulgura
Envuelta en áureos lampos de grandeza!

Te alzaste ya; en tu radiosa frente
La idea de libertad pura flamea,
A tu Patria la hiciste independiente,
Y tu nombre se ostenta prepotente
En el martirologio de la idea.

Pero descansa en paz, que no fué vano
El sacrificio de tu heróica vida;
Mientras aliente un sólo mexicano
Ninguno arrancará con torpe mano
La libertad á tu nación querida.

Podrá cuando se agote su energía,
Perder la vida que la parca trunca
Y en el instante atroz de su agonía
Aún luchará contra la suerte impía;
Pero perder su libertad ¡oh! Nunca!!!

Por defender su Patria y sus hogares
El pueblo tuyo sin cesar luchó,
Y surgieron los héroes á millares,
Y el cielo de la Patria ostenta un *Juárez*
Que digno de un Hidalgo se mostró.

Mas ya no se oye el eco de las balas
Que en otro tiempo atróz repercutía:
Hoy el Progreso se vistió de galas,
Y México, por fin, batió sus alas,
Y abrió sus ojos á la luz del día.

Y ya brotan los lirios y mosquetas
Formando lazos de benditas flores,
Hay entre ellos claveles y violetas:
Son los cantos que ofrecen los poetas
Para tu altar ¡¡¡gran Héroe de Dolores!!!

México, Julio 30 de 1904.

(La Mujer Mexicana.)

BRILLANTE OCASION.

Magnífico negocio bien establecido y muy acreditado, se vende en mil pesos; deja de cien á ciento veinte pesos mensuales, y es fácil de manejarse, pues basta una persona para dirigirlo.

Para informes dirigirse al Señor Enrique Muñúzuri, casa de los Señores San-Germán Hermanos. Avenida Independencia, nº. 50.

Oaxaca, Septiembre 8 de 1904.

MAÑANA circulará al módico precio de *un centavo*, un periódico de oportunidad, humorístico y de anuncios que se titula "*El Viaje de Bulnes.*"

Bien venido al estadío de la prensa, el nuevo colega.

☞CON SENTIMIENTO anunciamos, que desde el próximo mes de Octubre publicaremos en lista los nombres de *anunciantes y suscriptores*, que no obstante nuestras repetidas indicaciones se niegan á cubrir lo que adeudan á esta Administración.

TIPOGRAFÍA SAN-GERMÁN.

Avenida Independencia, núm. 50.——Oaxaca.